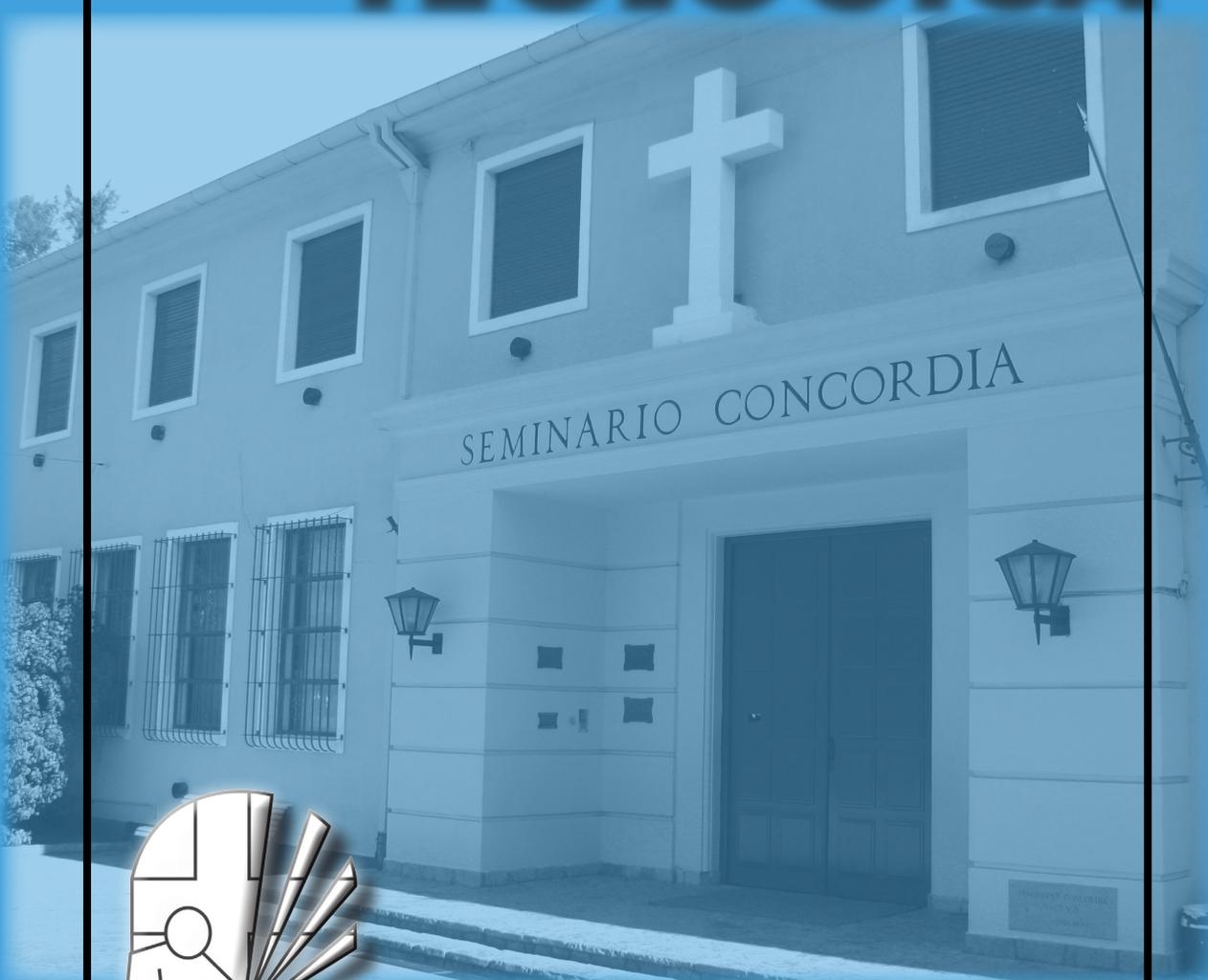


REVISTA TEOLÓGICA

Nº 170 | AÑO 53

MARZO 2013



Publicación del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la Iglesia
Evangélica Luterana Argentina - Fundada en 1942



REVISTA TEOLÓGICA

Nro. 170 | Año 53 | Marzo 2013

Publicación del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la
Iglesia Evangélica Luterana Argentina
Fundada en 1942

Calle nro. 49 7200 (Ex. Libertad 1650)
José León Suárez. Buenos Aires. Argentina
Tel. (011)4729-6415 Fax (011) 4729-0345
E-Mail: seminario.concordia.ar@gmail.com

Cuerpo Docente

Sergio Fritzler (Director)
Antonio Schimpf
Roberto Bustamante
José Pfaffenzeller
Milton Hofstetter (Capellán)

Editor

José Pfaffenzeller

Colaboradores en este número

Carlos Nagel
Hector Hoppe
Roberto Bustamante
Sergio Schelske
Damián Fischer
Antonio Schimpf
Sergio Fritzler

Diagramación

Samanta Pfaffenzeller

• Editorial	3
• La Educación teológica Superior <i>Pastor Carlos Nagel, Presidente de la IELA</i>	4 - 8
• Educación Teológica y la Pastoral <i>Hector Hoppe, Editor de Editorial Concordia, USA</i>	9 - 13
• Confesionalidad y Educación Teológica <i>Profesor Roberto Bustamante, Seminario Concordia, Buenos Aires</i>	14 - 21
• La Educación Teológica en el Marco de la Misión <i>Dr. Sergio Schelske, pastor en Maschwitz, Buenos Aires</i>	22 - 31
• Educación Teológica y la Capacitación Continuada de pastores <i>Pastor Damián Fischer, Pastor en Hurlingham, Buenos Aires</i>	32 - 37
• El Seminario Concordia y su relación con ASIT <i>Profesor Antonio Schimpf, Seminario Concordia</i>	38 - 45
• El Seminario Concordia y la Educación Teológica del Sacerdocio Universal <i>Profesor Sergio Fritzler, director del Seminario Concordia</i>	46 - 59

EDUCACION TEOLÓGICA SUPERIOR

Pastor Carlos Nagel

Presidente de la IELA y ex profesor del Seminario Concordia

Cuando en el año 1979 fui convocado por la Junta de Control del Seminario Concordia, (en aquel tiempo se denominaba así al órgano que tenía la responsabilidad de velar por el Seminario), para hacerme cargo del área que había quedado vacante por el fallecimiento del Prof. Federico Lange, quien durante muchos años había enseñado las materias de Antiguo Testamento y hebreo, me encontré con la realidad de que, aunque tenía buena voluntad, me faltaba preparación para asumir tamaña tarea.

En aquel entonces los profesores se estaban poniendo muy mayores, y los de la generación joven nos preocupábamos al ver que no se estaba haciendo provisiones en la iglesia para capacitar a nuevas personas para tomar la posta en mejores condiciones que en las que hubo que hacerlo después, cuando efectivamente la necesidad lo requirió.

Cuando llegué al seminario, el Prof. E. Sexauer estaba próximo a jubilarse, y el recientemente ingresado director, Prof. Edgar Kroeger, (un pastorazo), estaba, al igual que yo, siendo autodidacta a marcha forzada, con el consiguiente desgaste adicional de energía.

Éramos solamente tres, y no había alguien a quién preguntar. Así que enseñábamos, estudiábamos y participábamos de cuanto curso aparecía, a fin de crecer en conocimiento y en capacitación. A pesar

de todo esto tengo muy lindos recuerdos de aquellos años, y cómo, unidos, con muy poco, se pudo hacer bastante más, y vivir hermosos momentos de camaradería y alegría compartida, porque se hacía tiempo para ello.

Entre las cosas que nos propusimos como prioritarias, mirando hacia el futuro, era hacer todo lo posible para que estas situaciones no se repitieran. Había que lograr que algunas personas al menos pudieran acceder a una preparación teológica superior, con una visión más amplia y profunda, con capacidad de pensar la obra de Dios en nuestra realidad argentina, y no repetir meramente lo que otros han escrito, por bueno que fuera, en otros tiempos y en otras circunstancias. Nuestra convicción era que la iglesia no sólo debe repetir lo que recibió, sino además debe ser capaz de pensar por sí misma, y crear el camino de su propia existencia en las nuevas situaciones que le toca vivir. Para tener vida propia, y adquirir identidad eclesial, había que aprender a pensar las cosas por sí mismo, aún a riesgo de cometer errores. Sólo traducir, copiar y repetir evita probablemente algunas equivocaciones, pero fracasa por intentar recrear lo irrecreable, vidas y trayectorias ajenas, que ya pertenecen al pasado. Vivir es pensar, crear, soñar, analizar, sentir. Si estas funciones faltan hay que hablar de existir, más que de vivir.

La IELA tenía en aquellos días, un “Departamento de Educación Superior” (DES), copia fiel de la organización sinodal de LCMS de aquel tiempo. Como me tocó representar al Seminario en esa comisión, nos pusimos a trabajar en pro de la capacitación superior de personas que pudieran ayudar a la iglesia, a partir del conocimiento y de la reflexión, en su camino de consolidación como iglesia nacional, y a comprender y asumir la misión que le fuera encomendada para este tiempo y lugar,

siendo idóneos también, para asumir responsabilidades docentes. Así fue que en tratativas con el Sínodo de Misurí se consiguió los recursos para que un pastor pudiera ir a hacer un post grado al Seminario de Fort Wayne. El Rev. Jorge Groh, de Gral. San Martín, La Pampa, fue el primer seleccionado. Luego fue el pastor José Pfaffenzeller, de Basavilbaso. El pastor Jorge Berger inició estudios en Educación en la Universidad de Tucumán, completados luego en Córdoba. Le siguieron los pastores Héctor Hoppe primero, y Claudio Flor, después. El que suscribe recibió el ofrecimiento del Sínodo, pero por razones de salud visual prefirió derivarlo a uno de los colegas, y en ese lugar escogió un recurso local, el ISEDET.

Me alegro que en el pasado reciente, los pastores Roberto Bustamante y Sergio Schelske, y en la actualidad, haya nuevamente dos pastores que estén realizando postgrados (Antonio Schimpf y Roberto Bustamante). Estas son inversiones de gran provecho para la iglesia, porque la capacitan para enriquecer a las personas en medio de las que trabaja.

Hay que reconocer que preferimos lo que conocemos y aceptamos como confesionalmente sano. Todo lo demás, aunque tenga mucho de bueno y positivo, encierra ciertos riesgos que no son fáciles de evitar. El dicho conocido: “lo barato sale caro”, puede tener también cierta aplicación en este campo.

De ahí que resulta necesario pensar con seriedad que es importante invertir sumas de dinero, a veces considerables, para asegurar una buena calidad teológica en la educación superior. La vida y la buena salud de la iglesia dependen, en buena medida, de quienes la guían, la instruyen y la forman teológicamente.

Otro aporte de mucha importancia a la educación superior son los cursos intensivos de perfeccionamiento para pastores. Estos comenzaron en la década del 70, organizados por el Departamento de Educación de la IELA, y en los últimos años, por el Seminario. La actualización y afirmación de los pastores en actividad, ofrecida por profesores locales o invitados sobre temas teológicos o prácticos, resulta de gran provecho para la vida y la misión de la iglesia. Por su bajo costo, y su corta duración en el tiempo, son accesibles a todos. Es un buen trabajo que debe continuar.

Tenemos ejemplos a nuestro alrededor, de otras iglesias que han descuidado la formación de sus líderes, y han entrado en un tembladeral del que difícilmente logren salir. No todo lo que brilla es oro, dice el dicho popular. Una adecuada formación logra distinguir entre el brillo engañoso, y el oro de verdad.

Esto en relación con lo conceptual y especulativo. Es necesario programar con tiempo, e ir buscando los recursos humanos y económicos a fin de tener un programa continuado, o al menos, no tan interrumpido, en cuanto a estudios superiores.

Pero existe otro aspecto, de no menor importancia, que tiene que ver con la educación superior, me refiero a la faz práctica, para que la formación teológica superior no se transforme en un fin en sí misma. Esta ha de ser un instrumento para alcanzar una meta

No creo que a la iglesia, ni a Dios, ni al mundo, le sirva tener eruditos que vivan en una campana de cristal, alejados de las duras realidades cotidianas, con las que la gente de dentro y fuera de la iglesia tienen que luchar. Me refiero a los que tienen todas las respuestas a preguntas que nadie formula, y por volar tan alto, no pueden oír las preguntas

en las que el pueblo se revuelca.

Resulta difícil encontrar un equilibrio sano entre lo académico y lo práctico. Hay quienes opinan que la iglesia no debiera ofrecer educación teológica superior a personas que previamente no hayan adquirido cierta madurez en la práctica. Otros piensan que no habría que interrumpir el proceso de formación de alguien que muestra condiciones para el crecimiento intelectual, para facilitar la continuidad del camino, evitando los “olvidos” que produce el alejarse de los libros.

Creo que ambas posturas tienen parte de razón, y cada caso necesitará el análisis pertinente y la definición que se crea más satisfactoria.

Necesitamos apostar a la educación. El conocimiento es la llave hacia la libertad. La ignorancia es la clave de la esclavitud y de la dependencia. Educación en todos los niveles, que tenga como meta conducir a la sabiduría.

La riqueza no consiste en abundancia de dinero, sino en el saber el sentido y la meta de la vida, para poder llevarla a su plenitud, con o sin él. Es llegar a tener “la mente de Cristo”, como diría San Pablo, (1 Co. 2: 16) y trabajar para que los demás también la tengan.
